

Ensayos sobre la ciencia política en México y América Latina, de Godofredo Vidal de la Rosa, México: Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, 2013, 149 pp.

Héctor Sebastián Arcos Robledo*

La ciencia política afirma que los cánones de razonamiento científico pueden ser aplicados provechosamente al estudio de los ámbitos institucionales en los que se produce. Por lo tanto, delinear el estado y las perspectivas de la disciplina sobre trayectorias muy distintas, no mutuamente excluyentes, permite reflexionar las condiciones en las que se desenvuelve en la actualidad la ciencia política en Estados Unidos de América (EUA), Europa de Occidente y América Latina (AL). Ciertamente, el curso de la empresa científica estadounidense, todavía importante influjo de atención y producción teórica y metodológica, contrasta con las frecuentes rupturas de la tradición europea —durante el ascenso de los regímenes totalitarios y la Segunda Guerra Mundial— y, de igual forma, con la introducción del desarrollo político¹ como marco particular de la ciencia en el subcontinente, una asimilación que busca controvertir lo que Samuel Huntington (1992: 131) avizoraba como: “donde la democracia es fuerte, la ciencia política también lo es; donde la democracia es débil, la ciencia política es débil”. Paradójicamente, la ciencia política ha dejado de ser una actividad intelectual centrada en los cánones de prueba científica estadounidense, al proponerse como disciplina de estándar mundial. No obstante, rebasadas las comisuras del cambio de siglo en Latinoamérica, y, particularmente en México, la idoneidad de los métodos para abordar con certeza los razonamientos entre la orientación teórica y la demostración empírica lógica, aún se encuentran débilmente articulados, sistematizados y acumulados en stocks de acceso abierto para las necesidades de las comunidades científicas, donde vale la pena señalar, todos se conocen, pero escasamente se leen (Vidal, 2013: 20).

¹ La agenda de investigación del desarrollo político centraría su interés en el término de modernidad, o más precisamente, en el tránsito hacia la modernización, en contextos ajenos a las observaciones eurocentristas, y que recorre desde los continentes Asiático y Africano, hasta América Latina. En mayor medida, se nutrió de ideas provenientes de la teoría social decimonónica y principios del siglo xx, con los cuales se pretendía reinterpretar la modernización europea y estadounidense. En tal sentido, el *Comité on Comparative Politics and Social Science Research Council* promovió el desarrollo de una serie de cuadernos de trabajo sobre el Tercer Mundo, donde se aludía en el programa como variables institucionales a las políticas económicas y las instituciones políticas, es decir, sostenían que sin desarrollo económico no podía haber desarrollo político. Véase Gabriel A. Almond. 1999. “El desarrollo del desarrollo político”, en *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 297-341.

* Universidad de Guanajuato, hs.arcosrobledo@ugto.mx

Godofredo Vidal explora el *continuum* de la disciplina y sus entornos intelectuales y laborales, bajo el sustrato de tres ensayos que ponen de relieve una reeditada cuestión en que las ciencias sociales no son la excepción, ¿hay una nueva crisis de la ciencia política? En efecto, existe un debate que muestra en sí mismo que la ciencia política estadounidense ha sido hegemónica durante decenios, y, sin embargo, nunca ha sido una ineluctable disciplina única o monolítica, por el contrario, su pluralidad teórica y metodológica ha sido su patrón más fructífero. Al respecto, Giovanni Sartori (2004: 354) ha declarado su aburrimiento y desprecio con respecto a la ciencia política estadounidense de corte *cuantitativista*, que sin paliativos, está enraizada por un lado, bajo el dominio del paradigma *behaviorista*, y, por el otro, con los resabios del estructural-funcionalismo, donde comunidades políticas eran identificadas a través de indicadores universales que se creía, todos los sistemas políticos debían cumplir y compartir, independientemente de las limitaciones formales e informales que configuraran la diversidad de *politics* (Schmitter, 2009: 35). De ahí, su flamante inclinación por resistir a una tendencia que sigue creciendo y tiene los pies de barro.

Para Godofredo Vidal, en torno a si hay o no una crisis en la ciencia política, la respuesta es afirmativa, pero atenuada de los fatalismos ontológicos por la circunstancia de que toda empresa científica, se revitaliza por medio de crisis inmanentes. Si bien es cierto, prevalece la creencia de una ciencia política estadounidense agresiva, en cuanto a que es, por un lado, positivista, es decir, si sobre una base secular fue constituida, la ciencia “crítica” debería reafirmarse contra ella, y, por otro, cuantitativista, en cuanto que la amenaza de la matematización completa, exenta de lenguaje natural, se presenta con el fin de la ciencia social y definitiva, y, por último, imperialista, alrededor de la hegemonía de la *American Political Science Association* —fundada en 1903—, es exageradamente compartida desde la periferia occidental y latinoamericana, ambas, que resulta importante señalar, fueron reconstruidas con la financiación de la UNESCO, y, asimismo, por los modelos académicos estadounidenses. Contrariamente a lo que se piensa, Godofredo Vidal refuta no hay un paradigma único en la ciencia política estadounidense, es posible identificar un constante cambio interior en al menos, tres perspectivas: se trata del comportamentismo o *behaviorismo*, la teoría de la elección racional —donde la teoría de juegos se consolidó como un lenguaje transdisciplinario científico legítimo— y el neoinstitucionalismo. Pues como bien lo asemeja el autor, la ciencia política en EUA sigue patrones de progreso que oscilan en ciclos de ascenso por parte de una corriente dominante, y, consiguientemente, por ásperos debates que ponen fin a la inspiración hegemónica, hasta asimilarle una corriente mucho más amplia. Por ejemplo, las técnicas estadísticas han sido enriquecidas con análisis causales y enfoques de las teorías de juegos, junto a la sistemática construcción de *databases*, algunas de las cuales son las principales fuentes con que los estudiosos de la política comparada en América Latina, cuentan tan hoy en día.²

² Una de las fuentes más recurridas y prestigiadas es la *Latin American Public Opinion Program* (LAPOP), construida por medio de encuestas y muestreo que durante años ha sistematizado importantes estudios de percepción, fue creado en 1961 por los profesores Mitchell A. Seligson y John A. Booth, de la

En tal sentido, es fácil identificar una identidad metodológica estadounidense en la búsqueda de generalizaciones de corto alcance, estos es, bajo qué condiciones un evento ocurre y bajo qué cadena de eventos se produce un mecanismo causal. Esta marca distintiva, como lo observa Vidal, promueve que el centro de los debates no sea la reconstrucción conceptual, sino los procedimientos metodológicos, y, por ende, la construcción de conceptos se haya visto provista en la definición de los objetos de estudio y la elección de los métodos idóneos, donde, tal orientación, ha sido la operacionalización de la teoría política, la contribución más perdurable de la ciencia política estadounidense.

Los estudios sobre América Latina han prosperado, abordando agendas de investigación establecidas en la ciencia política estadounidense. Vidal, observa que la renovación sugiere dos aspectos, el primero, es el interés por analizar las condiciones en que los nuevos regímenes podían establecerse y eventualmente “consolidarse”, en gran medida, sobre presupuestos que no sólo dan la espalda al aprendizaje de los nuevos métodos, sino que también, dan cuenta de una acumulación acrítica de términos como cultura política, globalización, consolidación, transición e ingobernabilidad, porque se tiene un rezago considerable, respecto a su sistematización bajo criterios metodológicos estandarizados. En segundo lugar, sobre la introducción decidida de metodologías cuantitativas, con énfasis particular en las técnicas econométricas, donde renovadas instituciones políticas asociadas al régimen democrático configuraban el retorno de la democracia en América Latina, como procesos electorales, las legislaturas, los partidos políticos, los patrones de votación, e incluso, el papel de los movimientos sociales, por citar algunos ejemplos. Sin embargo, a tres décadas de iniciada la “transición democrática”, se ha desestimado el interés a los estudios empíricos sobre la calidad democrática, la representación política, la *accountability*, y, de igual forma, sobre agendas de investigación en torno a conflictos distributivos y los problemas de la criminalidad, donde conviene apuntar, apenas un ápice de revistas indexadas de política comparada abraza la complejidad de tales problemas en Latinoamérica, y, además, la creciente producción nativa existente en un gran número de profesores latinoamericanos en universidades estadounidenses, es rara vez consultada, y, en consecuencia, es discriminada, con lo que se omiten importantes tradiciones intelectuales, autores e investigaciones.

Naturalmente, la ciencia política no puede reducirse a la simple selección entre variables múltiples sobre modelos de correlación estadística. Sin embargo, las comunidades científicas de politólogos en Latinoamérica han promovido escasos esfuerzos por crear bases de datos, probablemente por los pocos incentivos materiales y endebles bases institucionales en los que desempeña, no obstante, el déficit de información sistematizada de acceso público debilita una garantía esencial de la democracia, dado que sin acceso a información plural, objetiva y contrastable la ciudadanía difícilmente puede aspirar a saber exigir la rendición de cuentas. El desprecio a los “datos”, —esgrime Vidal— entre muchos politólogos muestra una incomprensión de las necesidades de empoderamiento

Universidad de Vanderbilt, con el apoyo de la USAID (*United States of America Agency of International Development*).

del ciudadano, de tal forma, la ciencia política no puede contribuir decisivamente a la transparencia política. Por lo tanto, no se debe concluir con la sinrazón del cuantitativismo, puesto que éste implica una vasta coraza de recursos informáticos y documentales que son indispensables para la ciencia política en general, no en vano, la ciencia política se vincula con el progreso democrático.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Huntington, Samuel. 1992. “Ciencia política y reforma política de alma en alma”, en *Estudios políticos y sociales*, vol. III, núm. 12, México: UNAM.
- Sartori, Giovanni. 2004. “¿Hacia dónde va la ciencia política?”, en *Política y Gobierno*, vol. XI, núm. 02, México: CIDE, pp. 349-354.
- Schmitter, Philippe C. 2009. “The nature and future of comparative politics”, en *European Political Science Review*, Cambridge University Press, pp. 33-61.